

PEDAGOGÍA ANTIFASCISTA: UNA EDUCACIÓN INCLUSIVA, DEMOCRÁTICA Y DEL BIEN COMÚN ANTE EL AUGE DEL FASCISMO Y LA XENOFOBIA

Enrique Javier Díez Gutiérrez

Universidad de León

ejdieg@unileon.es

RESUMEN

Este artículo es un ensayo que reflexiona sobre cómo está penetrando la ideología que sustenta el neofascismo en la educación, analiza su agenda profundamente reaccionaria y radicalmente neoliberal, así como sus principales mecanismos de infiltración en las aulas y el sistema educativo. Pero también plantea cómo combatir desde la escuela el auge del neofascismo y su progresiva «normalización» por una parte de la sociedad, antes de que se expanda aún más esta peste, como diría Camus, esta enfermedad que cuenta con la capacidad de destruir la democracia en nombre de la propia democracia.

PALABRAS CLAVE: antifascismo, educación, neofascismo, política educativa, educación democrática.

ANTIFASCIST PEDAGOGY: AN INCLUSIVE, DEMOCRATIC
AND COMMON GOOD EDUCATION IN THE FACE
OF THE RISE OF FASCISM AND XENOPHOBIA

ABSTRACT

This article is an essay that describes how the ideology underpinning neo-fascism is penetrating education, analyses its profoundly reactionary and radically neo-liberal agenda, as well as its main mechanisms of infiltration into classrooms and the education system. But it also considers how to combat the rise of neo-fascism and its progressive «normalisation» by part of society from the school, before this plague spreads even further, as Camus would say, this disease that has the capacity to destroy democracy in the name of democracy itself.

KEYWORDS: Anti-fascism, Education, Neo-fascism, Educational Policy, Democratic Education.



INTRODUCCIÓN

El neofascismo es esa peste, esa enfermedad política (Camus, 2004) que corroe una democracia vulnerable y frágil y que nunca se podrá erradicar por completo sin la superación del sistema capitalista, como argumentaban Walter Benjamin (1989) o Bertolt Brecht (2001), pero que debemos, mientras tanto, contener de forma constante y tenaz.

Cuando hablamos de fascismo (Paxton, 2019) tendemos a pensar en los movimientos fascistas clásicos ligados a personajes como Hitler, Mussolini, Pinochet, Videla, etc., responsables de genocidios y crímenes contra la humanidad. Pero Hitler fue durante mucho tiempo un político aceptado y valorado, que llegó al poder a través de un proceso democrático. Mussolini instauró una dictadura fascista tras convertirse en presidente del Consejo de Ministros de Italia sustentado por una coalición de partidos. Pinochet fue aplaudido por Estados Unidos. De hecho, el fascismo ha sido un fenómeno muy popular, aceptado en Europa y Estados Unidos, financiado por la alta burguesía de esos países, con un discurso «antipolítica» y la complicidad y el blanqueamiento de autoridades, políticos, empresarios y prensa, que acabaría consiguiendo conformar un tablero de *bandos* enfrentados mediante la crispación política y social, que es el terreno en el que mejor se mueve, el de la confrontación, la provocación y la violencia.

El actual retorno del fascismo no hace referencia al nazismo. El actual neofascismo no es una réplica mimética del fascismo clásico de antaño: sus líderes ya no hacen públicamente el saludo nazi, ni son cabezas rapadas, ni se tatúan esvásticas en el cuerpo de forma compulsiva, pues no es un buen marketing de cara a su imagen pública, e incluso muestran su apoyo explícito al régimen israelí.

Es una extrema derecha 2.0, que incluye a neoliberales autoritarios, homoidentitarios y neofascistas. Utiliza un lenguaje y un estilo populista. Con un discurso sustentado en el odio de clase, de etnia y de sexo. Pretende dar la batalla cultural por la hegemonía ideológica, marcando la agenda mediática y política, y adoptando para ello estrategias de provocación constante a través de la propaganda y las *fake news* en las redes sociales y a través de la reapropiación de los instrumentos de movilización más habituales de los movimientos sociales, tales como la toma de calles, las manifestaciones públicas, los escraches o los mítines, exhibiendo simbologías y consignas llamativas y provocadoras.

Las políticas neoliberales con sus privatizaciones masivas, el ataque a los derechos sociales y a lo público, a la misma idea del bien común, así como la promoción del individualismo y el egoísmo, del «sálvese quien pueda», han sentado las bases del actual auge del neofascismo. Un entorno social cuidadosamente diseñado para desalentar la movilización y la solidaridad colectiva. A través de exacerbar el individualismo sociológico y el consumismo enajenante hemos alcanzado niveles de desarticulación colectiva que hace un siglo hubieran requerido de una represión feroz o de la ilegalización de las organizaciones sociales. Lo cual ha permitido que se difundan como una ola los discursos etnonacionalistas y neofascistas que se presentan como soluciones autoritarias ante el desamparo y abandono, o la impotencia o incapacidad, por parte de los poderes públicos (Brown, 2021).



El neofascismo recoge elementos sustanciales de la tradición clásica del fascismo: la propiedad privada y los valores tradicionales de la nación; la apelación a un pasado mítico (sea el imperio colonial «conquistado» y perdido o la dictadura franquista como tiempo de estabilidad); la búsqueda de chivos expiatorios a quienes atribuirles todos los males y contra quienes centrar todos los rencores, para lograr la confrontación antagónica de un *nosotros* contra un *ellos*; el combate contra la supuesta islamización de Europa; la bandera del orden público, el control social, la autoridad y la disciplina (sea con la insistencia en la prisión permanente revisable o el apoyo de las leyes mordaza); o la denuncia de las «imposiciones» de la Unión Europea.

Pero junto a estos ejes clásicos del fascismo, el neofascismo suma actualmente su lucha contra lo que denominan la «ideología de género» y el feminismo «supremacista» (denunciando las leyes contra la violencia de género); asume las teorías de la conspiración y utiliza las *fake news* (sea la financiación venezolana e iraní a Podemos o la invasión musulmana); recurre al victimismo (alegando que los taurinos y cazadores son oprimidos por el «totalitarismo animalista», que los hombres están atemorizados por las leyes de igualdad o los católicos marginados por el laicismo); se manifiesta contra la «dictadura de lo políticamente correcto» (provocando en aspectos que eran hasta hace poco impensables); defiende la homofobia, el ecofascismo, pero especialmente el modelo neoliberal. Hacen alegatos exaltados en los que defienden ser los adalides de la «libertad» individual y el emprendimiento de los empresarios frente al igualitarismo y la organización colectiva (exhibiendo su antisindicalismo y su posición anti movimientos sociales). Conjugan así un programa económico radicalmente neoliberal con la provocación del rencor y el miedo colectivo, anclados en el más rancio neoconservadurismo social.

Esta apuesta del neofascismo por la exaltación del neoliberalismo los desmarca del coqueteo con aspectos sociales que tuvieron inicialmente los fascismos del siglo xx. Actualmente uno de los elementos que más lo definen es su íntima conexión con el neoliberalismo (Pavón, 2020), un fuerte vínculo con los mercados, el poder financiero y el capitalismo global: «Los estragos causados por el neoliberalismo (desigualdad, empobrecimiento, intemperie, miedo, resentimiento, desconfianza en la democracia) han preparado el terreno para que emerja un nuevo fascismo que, lejos de combatir al neoliberalismo causante, se ofrece a él para llevar su hegemonía aún más lejos» (Guamán *et al.*, 2019, 7). El neoliberalismo y el neofascismo constituyen, así, dos expresiones indisolubles entre sí de una misma configuración actual del sistema capitalista.

El neofascismo actual es profundamente neoliberal: su bandera también es la del Estado mínimo excepto, por supuesto, en el control a cargo de los cuerpos y fuerzas de seguridad y en el refuerzo de lo militar. Rechazan cualquier regulación estatal para paliar algunos de los efectos más destructivos del capitalismo, calificándola como comunismo, socialismo o populismo de izquierdas. Consideran cualquier empresa pública como «chiringuito» (excepto las que dan ocupación y remuneración a sus cargos), oponiéndose vehementemente a los impuestos progresivos, al control de los grandes oligopolios o a poner tasas a la libre circulación del capital. Repudian la propiedad pública en las áreas de educación, salud, servicios sociales, transporte, infraestructura, deporte, cultura y abogan por convertirlas en negocio, argumentando que así habrá «más opciones en libertad».



El neofascismo no cuestiona los paraísos fiscales ni a quienes hacen negocios sin pagar los impuestos que corresponden. Apuestan por las privatizaciones en los sectores estratégicos porque aplauden el «libre mercado». Denuncian de forma disparatada como «castrochavistas» a dirigentes como Joe Biden, Pedro Sánchez o Pedro Castillo. Acusan de «terrorista» a quien sugiere que las grandes fortunas paguen un 1% para salir de la crisis con un reparto más justo y, por supuesto, llaman a combatir al «comunismo internacional» y a luchar contra cualquier propuesta que suponga un reparto justo de los recursos y los bienes. Es como si el capitalismo fuera lo único sagrado para ellos. De hecho, ninguno de los grandes movimientos neofascistas de la actualidad mantiene posiciones que cuestionen el capitalismo. El discurso neoliberal ha acabado siendo visto por el neofascismo como condición natural y normal de la futura sociedad (Ramos, 2021).

Como planteaban Benjamin (1989) o Brecht (2001), no se puede abordar el fascismo sin cuestionar el capitalismo. Su superación definitiva pasa por la superación del sistema capitalista. Mientras exista el capitalismo, el fascismo nunca se irá definitivamente.

De hecho, el neofascismo no tiene nada de antisistema, sino que constituye el plan B autoritario del sistema. Cuando los poderes económicos ven la posibilidad real de que se implementen políticas de impuestos progresivos, que se regule el mercado, que se renacionalicen empresas estratégicas, se apliquen reformas agrarias o se puedan establecer medidas efectivas para una distribución real de la renta, amenazando sus tradicionales posiciones de poder y privilegio, bajan el telón de la ficción democrática asumida formalmente y resurge el fascismo, olvidando incluso los consensos democráticos mínimos.

En el tablero de la geopolítica el neofascismo cumple una función clave: la de ocultar las raíces reales de la injusticia social y las crisis para, de esta forma, neutralizar la posibilidad de que se cuestione la responsabilidad de las élites económicas y financieras. Lo que hace la extrema derecha es sembrar la discordia entre los perdedores del modelo neoliberal, fomentando, por una parte, el orgullo de sentirse superior y, por otra, canalizando la ira popular hacia los colectivos más vulnerables. El neofascismo incita al odio y la ira, no contra los causantes de la desigualdad, sino contra los que la sufren. Así, mientras se alimenta la guerra entre pobres, quienes controlan el poder siguen repartiendo el pastel y la fractura social se acrecienta.

Con dos efectos colaterales. El primero es la amplificación de la «teoría de la equiparación o equidistancia». Están consiguiendo reconstruir el imaginario colectivo situando a todo movimiento progresista que cuestione el capitalismo como si fuera el otro extremo de la ecuación del denominado populismo, acusándole de «extrema izquierda radical». Tildando con el epíteto vacío de *populistas* (sin saber muy bien qué significa) tanto a las opciones fascistas (totalitarias y antidemocráticas) como a las opciones comunitarias anticapitalistas y antifascistas (de defensa del bien común). De tal forma que el centro del tablero político queda redefinido por el conservadurismo y el neoliberalismo, que se convierten automáticamente en opciones de centro, «moderadas», «responsables» y «de gobierno». Como dice Rendueles (2020, 42):



a los intelectuales orgánicos del cosmopolitismo liberal les encanta agrupar todas esas fuerzas emergentes en el cajón de sastre del populismo. Es la famosa teoría de la herradura, que afirma que los extremos políticos se tocan: los partidarios de la igualdad y la democratización de las instituciones económicas vienen a ser lo mismo que los racistas, neofascistas y autoritarios. Todos radicales, todos extremistas. Esa tesis, planteada abiertamente por personas prestigiosas y aparentemente serias, no sólo es una idiotez ofensiva, también es un suicidio político.

El segundo es la denominada «lepenización de los espíritus». El neofascismo ha conseguido radicalizar y polarizar el marco del debate público, de la agenda política y mediática, hasta el punto de que buena parte de sus postulados están siendo asumidos no solo por los grupos políticos conservadores de la derecha y los liberales, sino también incluso por algunos grupos progresistas y socialdemócratas, especialmente las políticas migratorias, claramente discriminatorias y punitivas, y las políticas represivas en materia de derechos y libertades:

los partidos que se dicen democráticos han hecho propia la agenda ultra en temas como inmigración, nacionalismo, seguridad, derechos sociales o valores, y se muestran dispuestos a pactar gobiernos y hasta a ofrecer ministerios» (Guamán *et al.*, 2019, 12).

Es más, la aparente entrada en el juego democrático del neofascismo, mientras les sirva, ha presionado a otros partidos políticos a radicalizarse para evitar la migración de los votos y para justificar y blanquear su cogobernanza con esa extrema derecha (Fundación los Comunes, 2020). En España, a diferencia de otros países europeos, ni el Partido Popular ni Ciudadanos han cuestionado en ningún momento la posibilidad de pactar con Vox. La carencia de una cultura antifascista y la falta de una ruptura con el franquismo han posibilitado no solo los pactos en ayuntamientos y comunidades autónomas, sino el hecho de que se viera como posible que se alcanzaran acuerdos con la ultraderecha.

Además, el hecho de que el partido ultraderechista esté dirigido por varios antiguos miembros del Partido Popular, el trato más que benévolo recibido en los medios de comunicación y la relativización de sus postulados y propuestas xenófobas, antifeministas y antidemocráticas por parte de los líderes de los partidos conservadores también ha servido para blanquear a Vox como una formación legítima, integrándolo incluso en el denominado «bloque constitucionalista». Por eso, hemos de ser conscientes de que este neofascismo que viene cuenta con la capacidad de destruir la democracia en nombre de la democracia. La experiencia histórica en Europa nos muestra que una vez que están dentro de las instituciones cuentan con recursos mediáticos, políticos, económicos e institucionales que hacen muy difícil que acaben desapareciendo.

1. EL NEOFASCISMO EN LA EDUCACIÓN

Esta agenda ultra está penetrando en el sistema educativo. Lenta y sostenidamente. Por eso este ensayo pretende acercarse a dos aspectos cruciales para una pedagogía antifascista: detectar y prevenir el fascismo desde la escuela y afrontarlo



y combatirlo en la educación. Necesitamos tener claves para entender, analizar y deconstruir el discurso del neofascismo neoliberal que se infiltra en la escuela y en la sociedad. No solo aquel discurso obvio y claramente provocador ligado a los modelos más conservadores y arcaicos, sino también aquel más sutil y naturalizado, más ligado a los relatos de la «libertad», la competencia, el éxito, el esfuerzo, la autoridad, el control o la vigilancia, vinculado a la ideología neoliberal, base del actual neofascismo. Y no solo ser capaces de detectarlo, sino también tener estrategias y herramientas para afrontarlo y combatirlo.

La comunidad educativa no puede permanecer ajena. La educación puede ser un antídoto que permite la comprensión de los valores y los derechos humanos, más allá del egoísmo, el miedo y el odio que siembran y expanden esa peste. Hay que educar en la igualdad, en la inclusión, en la justicia social y en los derechos humanos desde una pedagogía claramente antifascista. Sin concesiones ni medias tintas. Debemos implicarnos de una forma clara y sin ambages para combatir el neofascismo. No se puede ser demócrata sin ser antifascista.

1.1. LAS OBSESIONES DEL NEOFASCISMO EN LA EDUCACIÓN

Actualmente el neofascismo ha declarado una guerra judicial (*lawfare*) contra el sistema educativo, con el denominado «pin parental» para perseguir y denunciar al profesorado y los centros que educan en derechos humanos, en valores democráticos o en igualdad, que combaten la homofobia, el racismo o la desigualdad social. Para el neofascismo actual todo lo que no es su ideología es adoctrinamiento; todo lo que no sea adoctrinar en su «credo» lo tacha de tal: acusar a los demás de lo que ellos practican. No admiten una sociedad democrática plural y tolerante. Su estrategia es utilizar la educación para imponer una mentalidad única, para volver al blanco y negro del nodo franquista. Es su discurso del odio trasladado a la educación.

En pleno siglo XXI trata también de reinstaurar en el sistema educativo el patrioterismo militar, en el que exigen educar a las futuras generaciones. Vinculado a la exaltación de los símbolos de la «nación» (que se apropian en exclusividad) y a una imagen profundamente patriarcal e hipermasculinizada, recuperando la figura paródica del «macho ibérico» como referente ancestral de ese modelo. En el marco discursivo del neofascismo no existen los grandes problemas de nuestro tiempo (la emergencia climática, las desigualdades sociales o la crisis de las democracias representativas), sino enemigos de la patria a los que hay que combatir «con orgullo y gallardía» y rearmarse para ello, como si la guerra fuera un juego para lucirse y mostrar lo que es un «hombre de verdad».

Vemos cómo proliferan campamentos de verano para formar «niños soldados» (desde siete años) donde veteranos del ejército, de la guardia civil y militares profesionales les dan instrucción militar y les enseñan a disparar con armas simuladas (en países como Estados Unidos utilizan armas reales). Imponen instrucción militar como forma de ocio y aprendizaje. Los campamentos se denominan «Gran Capitán», «Don Pelayo», «Tercios de Lezo» o «Millán Astray». Forman, según sus mandos militares, en valores patrióticos, «honor», «amor a la patria y a nuestra bandera»,



«espíritu de sacrificio» y disciplina, en vez de estar aprendiendo educación para la paz. Visten uniforme del ejército, se llaman cadetes, se organizan en compañías a las órdenes de un oficial y se saludan militarmente. Menores de edad adiestrados en tiro y combate con monitores que han sido candidatos por el grupo ultraderechista Vox (González, 2020).

Pero vemos también cómo desde los ministerios de Defensa y de Educación se diseñan unidades didácticas para introducir en el temario escolar la seguridad y la «defensa nacional» con el fin de «rehabilitar la imagen del ejército, promover la vida del rey como referente y poner en valor los desfiles militares». Sus contenidos incluyen el pasodoble *La banderita* (ligado a la matanza colonial en Marruecos) para menores desde seis años, con el fin de fomentar el «sentimiento patriótico», buscando identificar patria con ejército. Actividades en las que el alumnado tiene que marcar el compás de este pasodoble formando una bandera de España en el patio escolar. Otra actividad pide cantar el himno de la Armada, cuya letra dice «hay que morir o triunfar, que nos enseña la Historia en Lepanto la Victoria y la muerte en Trafalgar».

Otra de las obsesiones recurrentes del neofascismo es utilizar el sistema educativo para educar en la insensibilidad ante el maltrato animal impulsando valores ligados a la caza y la tauromaquia, vinculadas a la representación mítica de un pasado tradicional donde se «formaba» a los «hombres de verdad» mediante prácticas ligadas a la violencia con los animales o con otros seres humanos (mili, guerra). Justamente cuando la sociedad está mostrando una oposición mayoritaria al maltrato animal, es cuando proponen FP de Tauromaquia para ser torero, donde los criterios de evaluación incluirían la «eficacia y pureza en la suerte de matar», con «encierros didácticos» para menores y campus taurinos.

Una cuarta obsesión del neofascismo es enterrar y ocultar el pasado tratando de borrar la memoria colectiva de la devastación humana y los genocidios que sufrió el mundo con la aparición del fascismo. Vox ha denunciado, junto al grupo de los Conservadores del Parlamento Europeo, que la memoria histórica es una amenaza para la paz en Europa y «un atropello a las libertades» y que no llegará a las aulas. De hecho, afirman que «no tiene sentido condenar el franquismo porque somos herederos». Mientras que otras democracias, como la italiana o la francesa, se fundaron sobre el paradigma del antifascismo tras el genocidio nazi, la española lo ha hecho sobre el de la «superación» y el «olvido» del pasado franquista, lo cual ha permitido blanquear el fascismo y que ahora resurja con toda su fuerza.

Una quinta obsesión del neofascismo es la «ideología de género» y las «feminazis», como denominan a las mujeres y jóvenes que luchan por la igualdad entre hombres y mujeres. La vicesecretaria de Vox pedía recientemente que la costura fuera una asignatura alegando que «empodera mucho coser un botón», mientras que denunciaba que «el feminismo es cáncer», y aseguraba estar preocupada por lo que denomina el «lesboterrorismo» feminista. Era su respuesta ante la propuesta de medidas para combatir los estereotipos sexistas en la escuela, que calificó de «tontadas» y «majaderías ideológicas».

Sin olvidar el discurso de odio y la exacerbación del racismo que impulsa el neofascismo buscando enfrentar a la población entre un «nosotros» y un «otro». De



tal forma que se polaricen emocionalmente las tensiones, en las que ellos se suben a la cresta de la ola porque saben que entonces ya no hay debate ni argumentos, sino la confrontación primitiva y elemental en la que tienen abonado el terreno.

Y el ecofascismo: Marine Le Pen, líder de la ultraderecha francesa, no dice, como hacía su padre, que gracias al calentamiento global «no nos congelaremos». Ella habla de proteger el entorno... de los inmigrantes. Este nuevo ecofascismo une medio ambiente y xenofobia, argumentando que la sociedad funciona con leyes como la naturaleza y enferma cuando se ve atacada por la entrada de agentes externos. Por lo que hay que defenderla de los inmigrantes, que ella considera microorganismos patógenos que atacan la salud de las sociedades occidentales, mediante las fronteras que serían las vacunas contra esa ‘enfermedad’. Esta ideología invade en buena parte el «currículum» que sigue promoviendo modelos de productividad y éxito social ligados a un desarrollismo y a un crecimiento sin límites.

También se extiende en educación el *greenwashing* o lavado de cara de organizaciones supuestamente «verdes» y fundaciones y empresas se introducen en colegios, institutos o universidades con iniciativas «medioambientales» enfocadas en conductas de reciclaje individual, pero obviando la responsabilidad de las grandes industrias y los intereses multinacionales que provocan el grueso del colapso climático. Pero actualmente el ecofascismo ha dado una vuelta de tuerca más y abandera una especie de «patriotismo verde», que exige enérgicamente la conservación ambiental mediante la «solución» del control de la población, para garantizar a los más ricos el ritmo de vida y privilegios que han llevado hasta ahora.

1.2. EL NEOLIBERALISMO AUTORITARIO: LA PEDAGOGÍA DEL EGOÍSMO MERITOCRÁTICO

Un epígrafe aparte merece el «neoliberalismo autoritario», la ideología que está en la raíz del nuevo neofascismo, uniendo fascismo y neoliberalismo y que penetra de una forma constante, sutil y difusa en la educación, consolidando una racionalidad dominante individualista, consumista y competitiva donde el deseo que se anhela es ser parte del sistema capitalista y las víctimas son culpabilizadas de su fracaso (Díez-Gutiérrez, 2018).

Recuerdo una anécdota significativa reciente. Participábamos en una concentración contra la explotación laboral de estudiantes universitarios. Estaban trabajando como mano de obra gratuita, aunque disfrazada de actividad extracurricular, formación y certificación de experiencia, para suplir la falta de personal en el hospital veterinario de la universidad. A pesar de que la jurisprudencia viene reconociendo que no se pueden cubrir puestos de trabajo sin percibir una retribución por el trabajo que se realiza. Porque todo trabajo tiene que tener un salario.

Pero lo que más nos sorprendió fue la reacción de algunos de los estudiantes que obtuvieron una de estas plazas cuando quisimos conocer su opinión. Nos contestaron que no lo percibían como una explotación y, en todo caso, defendían su derecho a elegir libremente ser explotados. Es más, nos recriminaban a quienes nos manifestábamos defendiendo sus derechos, porque «estábamos conculcando su derecho a elegir libre y voluntariamente ser explotados».

Como plantea el filósofo coreano Byung-Chul Han, aludiendo al análisis del teórico marxista Antonio Gramsci (1981), la eficiencia del actual sistema reposa fundamentalmente en el proceso de interiorización colectiva que asume ampliamente la lógica del mismo, que se adhiere «libremente» a lo que se le induce a creer. De lo que el capitalismo se dio cuenta en la era neoliberal, argumenta Han (2014), es de que no necesitaba ser duro, sino seductor. La explotación ya no se tiene que imponer, nos la autoimponemos y la defendemos sintiéndonos libres.

Este modelo corroe el carácter, nos educa en la pedagogía del egoísmo y la insolidaridad radical. La ideología del éxito, de la persona «que no le debe nada a nadie», genera la desconfianza, incluso el resentimiento o el odio hacia los pobres, que son perezosos; hacia los viejos, que son improductivos y una carga; los inmigrantes, que quitan el trabajo; o quienes fracasan en la escuela, que centran el tiempo y atención del profesorado. Cuanto más nos concebimos como seres hechos a sí mismos y autosuficientes, más difícil nos resulta aprender solidaridad y generosidad. Y, sin estos dos sentimientos, cuesta mucho preocuparse por el bien común. Pero esto también tiene un efecto *boomerang*, dado que cada cual siente la amenaza de volverse algún día ineficaz e inútil como «ellos».

Como bálsamo frente a este darwinismo competitivo se promociona la «psicología positiva», el *coaching* y los libros de autoayuda. Nos animan a «salir de nuestra zona de confort» (expresión tópica donde las haya) e interpretar nuestras dificultades como una oportunidad de realización personal, porque «si lo crees, lo creas». Como si el paro, la enfermedad o la exclusión pudieran esfumarse haciendo un pequeño esfuerzo de reelaboración emocional y gestión personal. Porque «el problema de fondo es de actitud personal ante los problemas».

En un panorama laboral y social fragmentado y competitivo, con una precariedad que mantiene al borde del precipicio, la industria de la automotivación, junto con el consumo de psicofármacos, hace hoy la función de lo que ayer era el capataz que vigilaba el destajo en la fábrica. Estamos ante la revolución de una nueva moral que asegura que «el problema está en ti y no en el sistema».

Dentro de este marco es necesario abordar la educación meritocrática. Ese ideal de la meritocracia que anima en escapar y escalar, manteniendo el sistema injusto, pero buscando estar colocados en la parte de arriba y que ha convertido a buena parte de la sociedad en esa «clase aspiracional» siempre insatisfecha y anhelante, en constante competición y búsqueda de mayores rendimientos.

El neofascismo utiliza la ideología meritocrática como una reformulación refinada de su programa elitista. En vez de justificar sin más las desigualdades, defiende los privilegios de las élites por sus superiores méritos intelectuales o morales. El «truco» está en que la meritocracia ofrece posibilidades de ascenso, en teoría, a cualquiera que tenga el talento de aprovecharlas, aunque se constate que la movilidad social no ha socavado nunca la influencia y el poder de las élites. En realidad, contribuye a intensificar su influencia justificando la situación de las clases altas como un premio justo a su supuesto talento (Rendueles, 2020).

Pero la meritocracia se basa en una mentira: la presunción de que todos y todas partimos de una línea de salida igualada hacia la culminación de un destino marcado por nuestros «dones» naturales, como en los cuentos populares, los mitos



clásicos y las películas de Disney. Niegan las brechas sociales, económicas o de sexo afirmando que la desigualdad no es una cuestión de poder y organización política y social. Insisten en que el talento se abre paso por sí solo. Que da lo mismo el sexo, el color de piel o la clase social.

A pesar de que las investigaciones concluyen que las ventajas familiares son muy persistentes en el nivel de renta al que se llega y que, como mínimo, el 45% de la desigualdad se explica por factores no elegidos: la educación y el capital cultural familiar, el tipo de escuela al que se acude y las redes de contactos que se establecen en ellos, relacionadas con la clase social (Cabrera *et al.*, 2020). A pesar de que quienes nacen en familias pobres tienden a seguir siendo pobres al llegar a adultos y que la mayor parte de los estudiantes de las universidades de élite estadounidense proceden de hogares de élite, fruto en gran medida de la llamada «puerta de atrás»: donaciones, tradición familiar, relaciones... (Sandel, 2020).

En el terreno educativo se está produciendo el mismo fenómeno. Se está reafirmando la idea de que ya existe igualdad de oportunidades, por lo que las diferencias de logro educativo deben atribuirse tan solo al esfuerzo y a las capacidades individuales. Las reformas educativas adoptan la narrativa meritocrática, la cual justifica que las disparidades sociales no suponen ningún escollo, siempre que la persona tenga oportunidades de progresar socialmente en función del mérito y el talento suficiente. Resurgen así el talento y el esfuerzo, como «credos» al servicio de esta reconversión ideológica:

Detrás de la promoción insistente del talento, no hay sino la naturalización de las desigualdades en educación, el encumbramiento de la ideología del esfuerzo, que vendrían a decirnos que los resultados escolares son fruto exclusivo del mérito de cada uno de los alumnos, es decir, de sus aptitudes más o menos innatas, y del tiempo y los codos que hayan puesto para salir bien posicionados en los exámenes (Besalú, 2018).

Esta ideología meritocrática no solo reproduce las pautas de desigualdad social imperantes, sino que opera como una ideología que, además de reciclar tales condiciones, enmascara los mecanismos de reproducción de las desigualdades sociales en la escuela bajo el velo de la igualdad de oportunidades. De hecho, las investigaciones demuestran reiteradamente que el nivel de estudios de los progenitores determina notablemente el que acaban logrando sus hijos e hijas: el 45% de quienes tienen familias en el peldaño más bajo del sistema educativo se quedan en el mismo nivel y no progresan en el ámbito académico, según el Informe de 2021 del Alto Comisionado contra la Pobreza Infantil en España. El 49% del alumnado que pertenece al primer cuartil más pobre del Estado español ha repetido algún curso al acabar la ESO, indica este informe.

Sin embargo, la idea de que las personas deben tener la capacidad de ascender «hasta donde su talento y su esfuerzo las lleven» es tan común en todo discurso educativo que raya en el tópico. Apenas si suscita controversia y prácticamente nadie la cuestiona. De esta forma, la responsabilidad de construir condiciones de «mérito» para participar en la distribución de opciones se hace recaer en el sujeto como tal, lo que libera al sistema educativo de su condición de instrumento que perpetúa,



con sistemática eficacia, dichas pautas. En este sentido, la meritocracia no es solo un mecanismo, sino una ideología. Obliga a releer los problemas sociales, como el fracaso escolar, en términos de comportamientos individuales, de oportunidades y esfuerzos personales.

En general, explica Sandel (2020), cuando la gente se queja de la meritocracia, suele hacerlo no porque esté en contra, sino porque cree que se está llevando a la práctica incorrectamente, que el sistema está amañado para perpetuar los privilegios de los ricos y los poderosos. Que es un ideal que está pervertido. Pero ¿y si el verdadero problema no es que no se puede asegurar una meritocracia justa, sino que el ideal es defectuoso en sí mismo, un proyecto político vacío que evidencia una concepción empobrecida de la ciudadanía y la libertad?, se pregunta.

2. PEDAGOGÍAS «RADICALES» PARA COMBATIR EL NEOFASCISMO EN LAS AULAS

Frente a todo ello es necesario articular propuestas y estrategias para combatir este neofascismo en las aulas, en el centro, en la comunidad, pero también en las políticas educativas. Como sociedad, como comunidad educativa y como personas y ciudadanía consciente debemos implicarnos de una forma clara y sin ambages para combatir el neofascismo, porque, insisto una vez más, no se puede ser demócrata sin ser antifascista.

Debemos recoger la experiencia y las estrategias que están desarrollando las comunidades educativas, el profesorado, los movimientos de renovación pedagógica, las mareas verdes, la experiencia práctica que se está aplicando en muchos sitios y en muchos centros, que proviene, a su vez, de grandes pedagogos y pedagogas que a lo largo de nuestra historia han propuesto las auténticas revoluciones en educación: Freire, Rosa Sensat, Freinet, Dewey, Montessori y tantos otros y otras que nos permite decir en educación, como dijo Newton, «caminamos a hombros de gigantes».

Planteo la necesidad de impulsar pedagogías radicales, es decir, que vayan a las raíces del problema y aborden de forma clara y decidida lo que parece que no se quiere plantear en las aulas. Como si educáramos para aprobar exámenes y no para la vida. La escuela no puede permanecer ajena al contexto social, político y global que la rodea.

Nos tenemos que preguntar cómo es posible que, tras haber pasado por nuestras aulas durante al menos diez años la mayor parte de la población española, más de tres millones y medio de personas han votado por un partido que representa los principios del neofascismo y todas las consecuencias que hemos analizado.

La educación es una cuestión de valores, es decir, política y democrática. La educación y las políticas educativas neutras no existen, ya que siempre se realizan desde unos parámetros y con unos u otros objetivos: sea la lógica economicista de la competitividad de la OCDE o la lógica del bien común y la liberación de Paulo Freire. La educación es una práctica moral y política sobre cómo podríamos construir el modelo de sociedad que queremos. Todo currículum y la pedagogía que lo sustenta son una versión de nuestros propios sueños para nosotros mismos y nuestras comuni-



dades. Por eso es crucial replantearse el para qué de la educación y, en función de él, qué tipo de educación estamos ofreciendo a las futuras generacionales.

2.1. PEDAGOGÍA CRÍTICA

Una Pedagogía Crítica frente al adoctrinamiento, que potencie una escuela pública y una educación crítica que faciliten la autonomía progresiva del pensamiento de nuestro alumnado, para que sea capaz de afrontar con éxito cualquier adoctrinamiento y, sobre todo, el proveniente de quien controla el poder y que se afana por mantener un sistema educativo «monoideológico», es decir, con una sola ideología. La pedagogía crítica entiende que la educación es una forma de intervención política en el mundo y es capaz de crear las posibilidades para la transformación social con el fin de ampliar y profundizar los imperativos de la democracia económica, social y política que vaya más allá de la lógica economicista de la competitividad de la OCDE y avance hacia la lógica del bien común y la liberación de Paulo Freire. La escuela pública es la única que garantiza esta pluralidad ideológica crítica, dado que la privada obedece a un ideario ideológico determinado establecido por los dueños de la misma.

2.2. PEDAGOGÍA DE LOS DERECHOS HUMANOS

Es necesario que los derechos humanos sean parte del currículum de todo centro educativo, así como comprender y analizar las estrategias que se han de utilizar para hacerlos universales (desde la renta básica universal al empleo garantizado, desde los impuestos progresivos y los servicios públicos hasta el conocimiento libre), puesto que los derechos humanos plasman lo que puede considerarse la imagen de una vida humana digna y deben tener categoría de ley fundamental y marco de referencia fundamental de la organización y funcionamiento de toda la sociedad. Pero todos los derechos humanos.

Tanto los derechos de primera generación, que abarcan los derechos civiles y políticos y que consagran las así llamadas libertades fundamentales —el derecho a la vida, la libertad de movimiento, de expresión o de reunión—, como los de las siguientes generaciones, (especialmente los derechos de segunda generación, es decir, los derechos económicos, sociales y culturales, que tienen como objetivo fundamental garantizar el bienestar económico, el acceso al trabajo, la educación, la sanidad, los servicios sociales y públicos y a la cultura), de tal forma que aseguren el desarrollo de los seres humanos y el derecho de los pueblos a vivir con dignidad una buena vida.

Pero también es necesario incluir el conocimiento, comprensión y defensa activa en los centros educativos de los derechos de tercera generación. Los derechos de los pueblos y de la solidaridad para garantizar la convivencia de la humanidad considerada globalmente, como el derecho a la paz, a la justicia internacional, al entorno medioambiental, al patrimonio común de la humanidad y el derecho a un desarrollo económico y social sustentable y progresivamente decreciente, superando el capitalismo depredador. También los derechos de cuarta generación, de los que



depende la concreción de una sociedad plural y democrática, como el derecho a la democracia, el derecho a la información veraz, el derecho a la soberanía digital y a la seguridad digital y el derecho al pluralismo. E incluso los derechos humanos de quinta generación, que implican la superación del paradigma antropocéntrico avanzando hacia el biocentrismo o el ecocentrismo, superando el marco del ser humano como centro de todas las especies y del planeta, para aprender a convivir de forma respetuosa con otros seres vivos. Pues somos seres no solo interdependientes, sino ecodependientes. Lo cual está en abierta oposición al neofascismo, que exalta el maltrato y la tortura de toros en plazas públicas, alegando que esta barbarie es una «tradición nacional». En España se persigue el maltrato animal, siempre y cuando se dé fuera de las plazas de toros o no forme parte de algún acto religioso.

2.3. PEDAGOGÍA LAICA

Es necesario dejar la Edad Media Educativa y avanzar al siglo XXI. Y no me refiero a las tecnologías digitales, sino a algo tan esencial como es una educación que respete la libertad de conciencia de los menores en la escuela y garantice la convivencia educativa y social entre quienes pueden no tener las mismas convicciones.

La laicidad de las instituciones públicas es la mejor garantía para una convivencia plural en la que todas las personas sean acogidas en igualdad de condiciones, sin privilegios ni discriminaciones. Tanto las católicas como las musulmanas, las ateas, las agnósticas o las protestantes, etc.

Todas las religiones, incluida la católica, deben ocupar el lugar que les corresponde en democracia: la sociedad civil, no la escuela; que debe quedar libre de cualquier proselitismo religioso. El espacio adecuado para cultivar la fe en una sociedad en la que hay libertad religiosa son los lugares de culto: parroquias, mezquitas, sinagogas u otros. Y una condición básica para ello es la ruptura del acuerdo con un Estado extranjero (vaticano) que sigue imponiendo en pleno siglo XXI al Estado español cómo educar a las jóvenes generaciones de nuestro país.

La escuela ha de ser laica para ser de todos y todas, para que en ella todas las personas nos reconozcamos, al margen de cuáles sean nuestras creencias, que son un asunto privado. Por eso, la religión no debe formar parte del currículo. No por motivos antirreligiosos, sino desde un planteamiento pedagógico y social beneficioso para el desarrollo de la racionalidad del menor de edad, de su independencia y autonomía personal, para la que debe ser educado libremente sin que le enseñen creencias que predispongan su mente a comportamientos o dogmas que condicionen su personalidad desde la infancia.



2.4. PEDAGOGÍA DE LA MEMORIA Y LA VERDAD

Debemos impulsar una educación de la memoria que evite la amnesia histórica, el memoricidio, que se ha impuesto en España sobre la represión de la dictadura franquista y la lucha antifranquista. El neofascismo se opone virulentamente a esta pedagogía de la memoria en la escuela, intentando que la sociedad olvide los genocidios y la barbarie que ha supuesto el fascismo y las dictaduras que lo implantaron, así como tratando de ocultar la memoria antifascista tan importante que existe y ha existido en España (Finchelstein, 2019).

Debemos tomar ejemplo de otros países. En Alemania, Inglaterra, Italia, Francia, Argentina, Polonia..., esta temática se aborda de forma sistemática en las clases de Historia y se visitan regularmente los lugares de la memoria. Es decir, en otros países no pasa lo que lleva sucediendo tanto tiempo en España. De hecho, hasta la ONU, en 2014 y en 2020, insiste en pedir avances en esta materia y reiteraba la necesidad de avanzar en el derecho a la verdad, justicia, reparación y garantías de no repetición.

Conocer la verdad es, según la ONU, un derecho inalienable de los pueblos. No olvidemos que las dictaduras utilizan el olvido para imponer su visión de la historia. Es la democracia la garante y responsable del recuerdo y la memoria que se lega a las futuras generaciones. Si un solo alumno o una alumna acaba el período de educación obligatoria sin conocer esto, es una tragedia en pleno siglo XXI. No se puede construir un futuro con un pasado basado en la impunidad.

2.5. PEDAGOGÍA FEMINISTA

Es necesario un sistema educativo que aborde de forma integral la perspectiva de la igualdad entre hombres y mujeres, que combata el discurso antifeminista del neofascismo y el relato victimista del neomachismo, que se refugia en una «masculinidad tradicional agraviada» ante los cambios y la pérdida de privilegios que conlleva el avance en igualdad. Siempre poniendo la mirada en la cultura patriarcal como sustrato esencial de esta violencia y en la educación como uno de los puntales esenciales para el cambio.

Es necesario igualmente educar en otras masculinidades igualitarias con el propio ejemplo del profesorado y la comunidad educativa. Debemos enseñar a los chicos a construir identidades no articuladas en torno a la violencia, la dominación, la arrogancia, la imposición, la fuerza o la pedagogía de la crueldad características de la masculinidad tradicional tóxica.

Y simultáneamente aprender a reconstruirnos en relación con aquellos aspectos que precisamente se nos han negado en la educación tradicional masculina y son positivos para el crecimiento y desarrollo vital y social: la corresponsabilidad, los cuidados, la expresión de las emociones, el cuestionamiento de los roles y estereotipos sexistas, etc.



2.6. PEDAGOGÍA DEL APOYO MUTUO

Planteo impulsar una pedagogía del apoyo mutuo que permita repensar la vida desde la cooperación y la solidaridad, pues, como han demostrado filósofos como Kropotkin (2016) o biólogas tan prestigiosas como Lynn Margulis Sagan (1967), el apoyo mutuo, la cooperación, los mecanismos de solidaridad, el cuidado del otro y el compartir recursos son el fundamento de la evolución como especie del ser humano, echando por tierra el paradigma de que la evolución es producto de una selección natural a través de la competencia feroz entre individuos en la que «sobrevive el más apto», que fue promovido por Spencer y el darwinismo social, a partir de *El origen de las especies*, de Charles Darwin.

2.7. PEDAGOGÍA DE LA INCLUSIÓN

Abogo por avanzar radicalmente en la pedagogía de la inclusión que vaya más allá de la integración y exige reformar las escuelas de modo que puedan responder positivamente a toda la diversidad del alumnado; para lo cual es necesaria también voluntad política y normativa para establecer los medios para ello: ratios de alumnado en las aulas mucho menores que las actuales en todos los niveles educativos (15 en segundo ciclo de infantil, como establece la UE y 20 en educación obligatoria), integración de otros profesionales de la educación y de la acción social que colaboren con la escuela: mediadores interculturales, profesionales de la educación social, animadores sociocomunitarios, etc.

2.8. PEDAGOGÍA DE LO ESENCIAL

Lo cual exige a su vez una pedagogía de lo esencial que priorice un currículum de saberes fundamentales y vinculados con la vida. La escuela no puede ser solamente un espacio en el que se transmiten contenidos académicos vitalmente indiferentes, que se aprenden para aprobar los exámenes y se olvidan después, y que orienta esos contenidos en función de la preparación para el futuro mercado laboral. ¿Es crucial que un estudiante de 12 años sepa que en la conferencia de Berlín de 1885 se decidió el reparto colonial de África o que las células eucarióticas tienen un aparato de Golgi? ¿A quién le puede interesar que 'Julia y Soraya se peinan el cabello' sea una oración recíproca indirecta salvo a ellas?, nos preguntamos.

¿Y si empezamos por analizar el presente para comprender el pasado? Por ejemplo, en Historia. ¿Y si comenzamos la Historia de España por la historia reciente, y la cercana dictadura, la represión franquista y la lucha antifranquista, a la que no se suele llegar o se pasa casi de puntillas, en vez de volver, una y otra vez, a empezar por la prehistoria o el principio del temario?

¿Y si convertimos las asignaturas en los problemas esenciales y desafiantes actuales para, en torno a ellos, articular los aprendizajes instrumentales? Si en vez de Lengua, Matemáticas, Conocimiento del Medio, Música, Educación Física,



etc., transformamos en asignaturas la Ecología, la Convivencia, la Igualdad, la Justicia, la Interculturalidad, la Salud y Calidad de vida, los Afectos y la Sexualidad integral, el Cuidado del otro, la Ciudadanía, la Cooperación, la Solidaridad, el Consumo Responsable, etc., como proponían ya en los años 90 algunos movimientos de renovación pedagógica, mediante una metodología de proyectos y trabajo cooperativo desde un planteamiento globalizador e interdisciplinar, que conecte las escuelas con la realidad cotidiana y los problemas sociales de su alumnado. ¿Y en torno a estas «asignaturas» o materias desarrollamos los aprendizajes instrumentales de la lengua, las matemáticas, la música, etc.? Aprendizajes instrumentales que tendrían sentido, que serían funcionales y servirían realmente, no tanto para pasar un examen y olvidarse luego, sino para «saber enfrentarse al mundo, comprenderlo y actuar en él construyendo ciudadanía», que es la finalidad esencial de la educación.

2.9. PEDAGOGÍA DE LA EVALUACIÓN DEMOCRÁTICA

Que trabaje desde la pedagogía del error, donde el error se convierte en una oportunidad de aprendizaje y no únicamente en una ocasión para ser sancionado o calificado negativamente. Una oportunidad para explicar cuál ha sido el fallo y enseñar alternativas que ayuden a comprender esas dificultades y abrir nuevas formas de abordar los problemas, superando los problemas detectados.

Y enfoque la evaluación como forma de mejora de todo el sistema educativo. ¿Es posible educar sin exámenes? Frente a la evaluación reducida a exámenes, como forma de control y aprendizaje a través de la presión y el disciplinamiento, hemos de recuperar su sentido original como una herramienta de mejora. La evaluación es un proceso integral cuya finalidad es dar información a todos los participantes en el proceso educativo (al alumnado, por supuesto, pero también al profesorado, a la comunidad educativa y a la administración educativa) que les ayude a mejorar todo el proceso de enseñanza y de aprendizaje.

Debemos salir del «régimen PISA», que se ha convertido en un inmenso dispositivo de control que está imponiendo un «gobierno en la distancia» sobre las escuelas presionándolas para que se ajusten a una carrera competitiva al servicio de los resultados exigidos externamente por los organismos económicos que patrocinan estas evaluaciones estandarizadas. Cambiando también las prioridades del profesorado, que se ve obligado a centrarse en buscar la forma de obtener resultados en esas pruebas estandarizadas, dedicando el tiempo a preparar lo que le piden en las pruebas. El buen centro y el buen docente comienza a ser el que genera buenos resultados conforme PISA. Reduciendo la imaginación colectiva en torno a lo que es o debería ser la educación. Transformando el deseo de aprender en afán por aprobar.



2.10. PEDAGOGÍA DIGITAL CRÍTICA

Una pedagogía digital crítica que recupere nuestra soberanía digital actualmente en manos de las GAFAM (Google, Amazon, Facebook, Apple y Microsoft), que han conquistado, colonizado, controlado y «monetizado» los canales de comunicación pública horizontales que usa la ciudadanía dejando en manos de estos nuevos terratenientes neofeudales nuestra soberanía digital, un bien común y esencial. Han convertido los centros en fuente de extracción y recopilación de información y datos, de tendencias y deseos, registrando la actividad de cada alumno y alumna, para educar y fidelizar a la futura generación de consumidores y sobre los que aseguradoras y financieras tendrán fuentes fiables para especular y apostar sobre sus perspectivas futuras. Este es el nuevo «oro blanco» del siglo XXI, una «mercancía» prácticamente inagotable en un sistema basado en la escolarización obligatoria.

2.11. PEDAGOGÍA LENTA

Una pedagogía lenta que permita una enseñanza pausada que desacelere los ritmos escolares y vitales estresados en que vivimos para trabajar más reposadamente, más profundamente, destinando tiempo a la reflexión, a la contemplación, al disfrute, a la relación pudiendo llevar a cabo una auténtica «educación lenta y serena» que cuestione la cultura de la cantidad y de la acumulación, que permita encontrar sentido en lo que se hace en las clases y que involucre realmente al alumnado en el aprendizaje. Pasar de hacerlo porque toca a aprendizajes que transformen por dentro porque impactan, de esos que servirán para toda la vida.

2.12. PEDAGOGÍA INTERCULTURAL, ANTIRRACISTA Y DECOLONIAL

Al igual que debemos avanzar en una pedagogía intercultural y antirracista que eduque para una ciudadanía mundial sin exclusiones y que considere la diferencia cultural como un valor.

Así como en una pedagogía decolonial insumisa, que tiene sus antecedentes en las ideas de Frantz Fanon y Paulo Freire, una educación otra que descolonice el saber y redimensione las distintas expresiones culturales, sociales y filosóficas no noroccidentales que analiza y plantea cómo desarrollar condiciones justas para todos los pueblos con profunda igualdad y equidad, garantizando un espacio propicio para el respeto y, sobre todo, la valoración de lo diferente desde el reconocimiento, la inclusión y la afirmación del «otro» en cuanto sujeto social que, como tal, exige sea reconocido, incluido, escuchado y valorado. Que no solo pretende desenmascarar los planteamientos hegemónicos del discurso occidental, sino que también auspicia la praxis transformadora e insurgente por parte de quienes anhelan una sociedad «otra» del ancestral «buen vivir», como propone Catherine Walsh (2013).



2.13. PEDAGOGÍA DE LA JUSTICIA SOCIAL

Hemos de impulsar también una pedagogía para educar en la igualdad y la justicia social, que permita pasar del modelo de objetivos del desarrollo basado en «pobreza 0» al objetivo de «riqueza 0». Así de radical. Así de anticapitalista. Así de concreto.

La desigualdad no es natural. Es actualmente una consecuencia de un modelo económico y social, el capitalismo. Debemos erradicar la desigualdad no solo por principios éticos y derechos humanos, sino porque en las sociedades más desiguales hay peor salud, menor esperanza de vida y mayores índices de mortalidad infantil, de enfermedad mental, de obesidad y consumo de drogas ilegales, más gente en la cárcel, menos asociacionismo, más fracaso escolar, más embarazos adolescentes, mucha menos movilidad social, es mucho más frecuente el acoso escolar, los niños tienen menor disposición a estudiar con otros, debilita la vida comunitaria, reduce la confianza e incrementa la violencia.

La desigualdad, literalmente, mata, y su reducción, por el contrario, es un potente nivelador del bienestar psicológico de la especie y la mejor manera de mejorar la calidad de vida de todos nosotros y de nuestro entorno social (Wilkinson y Pickett, 2009).

El capitalismo es la principal fuente de desigualdad material en nuestras sociedades. Las demás causas de la desigualdad, el género, el origen cultural, la diversidad funcional..., están íntimamente entrelazadas con este modo de interacción social, el mercado, basado en el intento de buscar ventaja a costa de los demás. No basta con mejorar las condiciones en las que accedemos al juego mercantil, ni siquiera basta con modificar las reglas del juego: hay que cambiar de juego porque hay una incompatibilidad fundamental entre igualdad democrática y capitalismo, máxime cuando la elección ahora es entre vida y capitalismo.

Elegir el capitalismo no es ya solo ponerse del lado de la desigualdad y el privilegio. Hoy es, lisa y llanamente, elegir un suicidio colectivo a cámara lenta. El proyecto igualitario es lo que nos compromete con un proyecto de vida buena para todos y todas, nuestra obligación de compartir con nuestros iguales. Las responsabilidades compartidas que estamos dispuestos a asumir colectivamente para contribuir al bien común, aplicando el clásico lema «de cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades». Debemos educar para la igualdad en este sentido.

Se trata de educar para un mundo donde no sea posible concebir la desigualdad como admisible y donde todos los esfuerzos del conocimiento y del avance de la ciencia humana se centren en avanzar hacia un modelo social donde se conciba el buen vivir asentado sobre la premisa de la igualdad de los seres humanos como meta básica. No es igual aprender y enseñar para repetir un mundo que aprender y enseñar cuando se tiene la motivación de cambiarlo.



2.14. PEDAGOGÍA ECOSOCIAL DEL DECRECIMIENTO

«¡Sin planeta, no hay futuro!», «¡Ni un grado más, ni una especie menos!», gritan los jóvenes en las manifestaciones contra el cambio climático, el agotamiento de los recursos y el deterioro de las condiciones de vida en la Tierra. Su futuro y el del planeta que heredarán está en juego. Nos va la vida y el futuro en ello. Es necesario abrir un debate sobre nuestro modelo de vida y empezar a buscar alternativas. Para ello debemos descolonizar y reeducar el imaginario dominante anclado en el desarrollo sin límites. Para aprender a cubrir las necesidades propias y comunitarias de la sociedad sin comprometer la expansión de la vida.

No nos podemos permitir consumir 2,5 planetas para cubrir nuestros deseos. Sabemos que únicamente la ruptura con el sistema capitalista, con su consumismo y su productivismo, puede evitar la catástrofe. Es imprescindible, por tanto, educar en un modelo social económico acorde con un estilo de vida de «sobriedad voluntaria». Un estilo que sea universalizable a todo el planeta.

Por eso necesitamos una pedagogía ecosocial del decrecimiento (Díez-Gutiérrez, 2010), que descolonice el imaginario dominante del crecimiento ilimitado en la edad del colapso y que propone reducir el uso excesivo de los recursos y energía (especialmente en los países más ricos del planeta) y reducir simultáneamente la desigualdad. No se trata de vivir todos en la miseria, ni renunciar a las conquistas de la ciencia y la técnica, sino de aprender a vivir mejor con menos: menos comida basura, menos estrés, menos pleitesía al consumo. Implementar la filosofía de la simplicidad, de una vida sobria, para aprender a reducir y limitar deseos, pero también muchas necesidades.

El decrecimiento propone reducir el uso excesivo de los recursos y la energía (especialmente en los países más ricos del planeta) y reducir simultáneamente la desigualdad; cuestionar el modelo de desarrollo capitalista, que extrae los recursos para crecer del Sur Global manteniéndole pobre y endeudado. Para ello, habría que basar la economía y la vida en principios radicalmente diferentes: relocalización, reutilización, recuperación, cooperación, autoproducción e intercambio, durabilidad, sobriedad, etc.

El decrecimiento es la opción deliberada por un nuevo estilo de vida, individual y colectivo, que ponga en el centro la justicia, el bien común, los valores humanistas, y que estos sean las prioridades que nos muevan: las relaciones cercanas, la cooperación, la participación democrática, la solidaridad, la educación crítica, el cultivo de las artes, etc. Implementar la filosofía de la simplicidad, de una vida sobria, para aprender a reducir y limitar deseos, pero también muchas necesidades.

2.15. PEDAGOGÍA DEMOCRÁTICA

Planteo impulsar también una pedagogía radicalmente democrática que convierta nuestros centros en auténticas escuelas de democracia. La democracia y la participación se aprenden practicándolas, ejercitándolas y poniendo a prueba sus límites y dificultades. Implica participar no solo en la búsqueda de soluciones, sino



en tener derecho a discutir cuál es el problema y tomar parte en la decisión sobre qué solución puede ser la más adecuada.

2.16. PEDAGOGÍA DE LA DESOBEDIENCIA

Una de las condiciones de este modelo de democracia escolar es que debemos formar en la desobediencia crítica y cívica frente al sistema injusto que promueve el neofascismo, el neoliberalismo y el capitalismo. No podemos seguir siendo «indiferentes» ni «obedientes» ante un modelo social, económico, ideológico, político y educativo que justifica y conduce a la desigualdad, la insolidaridad y el egoísmo brutal, el saqueo del bien común, el ecocidio del planeta, el machismo, el odio, la intolerancia y el fascismo.

Como dice Howard Zinn (2004), la desobediencia civil no es nuestro problema. Nuestro problema es la «obediencia civil». Nuestro problema es que multitud de personas en todo el mundo han obedecido los dictados de los líderes de sus gobiernos y han ido a la guerra, donde millones han muerto por causa de esa obediencia... Nuestro problema es que en todo el mundo la gente es obediente ante la pobreza y el hambre, ante la estupidez, la guerra y la crueldad. Nuestro problema es que la gente es obediente mientras las cárceles están llenas de ladronzuelos y los grandes ladrones rigen el mundo. Este es nuestro problema.

3. CONCLUSIONES

La comunidad educativa no puede permanecer ajena a la barbarie. Ni a la barbarie planetaria del cambio climático, ni a la barbarie económica de la explotación social, la injusticia estructural y el saqueo internacional, pero tampoco a la barbarie social e ideológica que supone el neofascismo. La verdadera munición de este modelo no son solo las balas de goma o el gas lacrimógeno; es nuestro silencio y nuestra indiferencia cómplice. Por eso planteo también la necesidad de una pedagogía del compromiso: «el maestro, la maestra luchando, también está enseñando».

Frase que nos recuerda al profesorado que, por una parte, como integrantes de la clase trabajadora somos también parte de la ciudadanía que se implica social y políticamente por conseguir un mundo más justo y mejor y que por ello debemos defender en la calle y en los espacios públicos, con el resto de la sociedad, los valores y principios que proclamamos en vuestras aulas; y, por otra parte, que nuestro ejemplo es un referente también, como educadores y educadoras, para los más jóvenes y para el resto de la sociedad. Ofreciendo con nuestro compromiso a los estudiantes oportunidades para comprender y experimentar cómo la política, el poder y la responsabilidad funcionan en y través de ellos, tanto dentro como fuera de las escuelas.

La reconstrucción de otro tipo de sociedad requiere no solo necesarias e imprescindibles propuestas, reivindicaciones y acciones concretas, directas y a corto plazo. Son luchas cruciales. Pero hemos de pensar también en la «batalla ideológica global» en la que estamos inmersos (Urbán, 2020), la cual exige un plantea-



miento estratégico fundamental a más largo plazo: la necesidad de deconstruir la genealogía de los «valores» neofascistas y neoliberales dominantes que se infiltra en la educación y la imprescindible tarea de entusiasmar y comprometer con «valores» y concepciones solidarias a toda la ciudadanía y a las nuevas generaciones en aras del bien común. Es aquí, en el campo de batalla de la educación, donde se libra la lucha estratégica y esencial, y es aquí donde también se han de concentrar fuerzas.

Se trata no solo de aprobar en antifascismo, sino de sacar la máxima nota en el rechazo y la eliminación del fascismo, la homofobia, el machismo y el racismo, que están unidos por el mismo hilo de odio y discriminación, sacando matrícula en derechos humanos y sociales en todo el sistema educativo, desde infantil a la universidad. Para ello necesitamos a toda la tribu, efectivamente. Porque como dijo Martin Luther King: «Tendremos que arrepentirnos en esta generación no tanto de las malas acciones de la gente perversa, sino del pasmoso silencio de la gente buena», que mira para otro lado ante el auge del fascismo. Incluso lo afirma con rotundidad el padre del liberalismo conservador británico, Edmund Burke, quien recuerda que para que el mal triunfe solo es necesario que las personas buenas no hagan nada.

En definitiva, la pedagogía antifascista (Díez-Gutiérrez, 2022) nos alienta a repensar el orden social actual en términos de alternativas socialistas democráticas a la escuela y a la sociedad capitalista, pues la educación que queremos debe ser coherente con el modelo de sociedad que pretendemos construir, es decir, que esta sea más justa, equitativa, solidaria, ecológica, feminista, inclusiva y feliz. Aunando esfuerzos y compartiendo propuestas e iniciativas que sean una alternativa radical a las políticas del neofascismo, que suponen el ataque más grave a la educación pública desde la transición, retrotrayéndonos al modelo de escuela y sociedad franquista y decimonónica. Es crucial seguir dando pasos decididos hacia un modelo educativo que contribuya a la construcción de una ciudadanía sabia, crítica y consciente, que ayude a hacer un mundo más justo y mejor, sin dejar a nadie atrás, así como a la educación de personas más iguales, más libres, más críticas, más ecofeministas y más creativas.

Lucio Anneo Séneca, en el siglo IV antes de nuestra era, afirmaba que no nos atrevemos a hacer muchas cosas porque aseguramos que son difíciles, pero son difíciles porque no nos atrevemos a hacerlas. Para ser demócratas hay que ser antifascistas. Para educar en valores democráticos y en derechos humanos debemos promover una educación radicalmente alternativa al neofascismo. Una pedagogía claramente antifascista. Tenemos que atrevernos a soñar. Nos jugamos el futuro de nuestros hijos e hijas, y el de la sociedad en su conjunto.

RECIBIDO: junio de 2022; ACEPTADO: diciembre de 2022



BIBLIOGRAFÍA

- BENJAMIN, W. (1989). *Discursos interrumpidos I*. Barcelona: Taurus.
- BESALÚ, X. (2018, marzo 2). «A vueltas con el talento». *Eldiariodelaeducacion.com*. <https://goo.gl/SqxGPi>.
- BRECHT, B. (2001). «Las cinco dificultades para decir la verdad». *Filosofía, política y economía en el Laberinto*, (6), 114-120.
- BROWN, W. (2021). *En las ruinas del neoliberalismo. El ascenso de las políticas antidemocráticas en occidente*. Madrid: Traficantes de sueños.
- CABRERA, L., MARRERO, G.A., RODRÍGUEZ, J.G., y SALAS-ROJO, P. (2020). «Inequality of opportunity in Spain: new insights from new data». *Hacienda Pública Española/Review of Public Economics*, 237, 153-185. <https://dx.doi.org/10.7866/HPE-RPE.21.2.6>.
- CAMUS, A. (2004). *La Peste*. París: Gallimard.
- DÍEZ-GUTIÉRREZ, E.J. (2010). «Decrecimiento y Educación», en C. Taibo. *Decrecimientos. Sobre lo que hay que cambiar en la vida cotidiana* (pp. 109-135). Madrid: Catarata.
- DÍEZ-GUTIÉRREZ, E.J. (2018). *Neoliberalismo educativo*. Barcelona: Octaedro.
- DÍEZ-GUTIÉRREZ, E.J. (2022). *Pedagogía Antifascista*. Barcelona: Octaedro.
- FINCHELSTEIN, F. (2019). *Del fascismo al populismo en la historia*. Madrid: Taurus.
- FUNDACIÓN LOS COMUNES (ed.) (2020). *Familia, raza y nación en tiempos de posfacismo*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- GONZÁLEZ, M. (2020, agosto 10). «Campamentos de verano para niños soldados». *El País*. <https://cutt.ly/5F0nUET>.
- GRAMSCI, A. (1981). *Cuadernos de la cárcel* (vol. 2). México: Era.
- GUAMÁN, A., MARTÍN, S., y, ARAGONESES, A. (2019). *Neofascismo: La bestia neoliberal*. Madrid: Siglo XXI.
- HAN, B. (2014). *Psicopolítica*. Barcelona: Herder.
- KROPOTKIN, P. (2016). *El Apoyo Mutuo*. Madre Tierra.
- MARGULIS, L. (2003). *Una revolución en la evolución*. Valencia: Universitat de València
- PAVÓN, D. (2020). «El giro del neoliberalismo al neofascismo: universalización y segregación en el sistema capitalista». *Desde el jardín de Freud: revista de psicoanálisis* (20), 19-38.
- PAXTON, R.O. (2019). *Anatomía del fascismo*. Madrid: Capitan Swing.
- RAMOS, M. (coord.). (2021). *De los Neocon a los Neonazis: la extrema derecha en el Estado español*. Fundación Rosa Luxemburgo.
- RENDUELES, C. (2020). *Contra la igualdad de oportunidades*. Barcelona: Seix-Barral.
- SANDEL, M.J. (2020). *La tiranía del mérito: ¿Qué ha sido del bien común?* Barcelona: Debate.
- URBÁN, M. (2020). *El viejo fascismo y la nueva derecha radical*. Barcelona: Sylone.
- WALSH, C. (2013). *Pedagogías decoloniales. Prácticas insurgentes de resistir, (re) existir y (re) vivir*. Tomo I. Quito-Ecuador: Abya-Yala.
- WILKINSON, R., y PICKETT, K. (2009). *Desigualdad. Un análisis de la (in)felicidad colectiva*. Madrid: Turner.
- ZINN, H. (2004, enero 11). «La historia popular de Estados Unidos. Un poder que nadie puede reprimir». *Le Monde Diplomatique*, 99.

